

sa no ha vuelto á verla más: la ha perdido en una ciudad donde las casas están tan guardadas y silenciosas como una tumba.

Pero Trejago cumple sus deberes sociales con perfecta regularidad y pasa por un perfecto caballero.

Nada singular hay en él, salvo una ligera rigidez de la pierna derecha, causada por un esfuerzo que hizo yendo á caballo.



LA FALSA AURORA

¿Qué ocurrirá esta noche? Dios lo sabe.
La tierra se estremece anonadada
y todos con atónita mirada
vemos su conmoción profunda y grave.
Muerta tu madre fué; justo es que llores
y compartas con ella sus dolores.

(En la prisión.)

NINGÚN hombre conocerá nunca la verdad exacta de esta historia, porque aun cuando las mujeres se la refieren algunas veces al oído las unas á las otras mientras, al terminar la noche de un baile, están desatando sus cabellos y comparando las listas de las víctimas, como el hombre no puede asistir á estas operaciones, el relato tiene que hacerse desde afuera; de oídas, y es, por lo tanto, obscuro é incierto.

Jamás elogiéis á una hermana ausente de-

lante de otra hermana con la esperanza de que vuestros elogios lleguen á los oídos de la ensalzada y os preparen el camino para lo futuro.

Las hermanas son mujeres primero, hermanas después; y si no seguís mi consejo, bajaréis en vuestro propio daño.

Saumarez sabía esto cuando se resolvió á pedir la mano de la mayor de las hermanas Copleigh.

Era un hombre raro y con pocos méritos, en opinión de los hombres, aunque popular entre las mujeres; pero había sabido adquirir un concepto, que le permitía dar fuerza al Consejo del Virrey y reservar alguna para beneficio del estado mayor del general en jefe.

Era hombre civil.

Muchas mujeres se interesaban por él, acaso porque los modales que empleaba las ofendían.

Si le da usted un puñetazo en las narices á un caballo la vez primera que tropieza con él, probablemente no le querrá á usted nunca, pero desde aquel día se fijará siempre en los movimientos que usted haga.

La mayor, Miss Copleigh, era buena, regordeta, simpática y bella: la menor, en opi-

nión de los hombres, no era tan bonita, y aunque no compartamos este juicio, hay que declarar que su carácter tenía mucho de repulsivo y desagradable.

Las dos jóvenes parecían en su exterior idénticas; tenían una inmensa semejanza así en la figura como en la voz, pero nadie podía dudar ni por un instante respecto á cuál de las dos era más linda.

Saumarez formó su resolución de casarse con la mayor, tan pronto como llegó al pueblo, procedente de Behar. A lo menos, todos asegurábamos que quería hacerlo, lo que viene á ser lo mismo.

Ella tenía veintidós años y él treinta y tres, á más de un sueldo y unas obvenciones que se aproximaban á la cantidad de cuatrocientas rupias mensuales, de suerte que la boda que arreglábamos era, por muchos conceptos, excelente.

Como ya he dicho, el galán se llamaba Saumarez, y, según algunos afirmaban, con esto estaba dicho todo lo que podía decirse de él.

Diseñado ya su plan, le consultó consigo mismo, y resolvió aprovechar una coyuntura,

En nuestra jerga desagradable se decía que las jóvenes Copleigh cazaban en parejas; es decir, que no se podía hacer nada con una sino en presencia de la otra.

Eran dos hermanas que se querían mucho; pero este mutuo cariño tenía, á veces, sus inconvenientes.

Saumarez, colocado entre ambas, mantenía en el fiel la balanza, y nadie más que él mismo podía decir de qué lado se inclinaba su corazón, aunque cada una de ellas se lo imaginase.

Paseó á caballo con las dos y bailó con las dos, pero nunca logró separar á la una de la otra, ni siquiera por un momento.

Las mujeres sostenían que estaban siempre juntas por mutua desconfianza, temiendo cada cual que la otra se le adelantara: los hombres no decían nada.

Saumarez callaba, con gusto ó sin él, y estaba lo más cuidadosamente atento que podía, teniendo como tenía dos que le observaran.

Sin duda alguna, las dos se habían enamorado de él.

Como el tiempo caluroso se iba aproximando y el hombre no se explicaba, las señoras

dijeron que podía advertirse en los ojos de las hermanas la impaciencia que sentían, y que estaban á punto de estallar, ansiosas é irritadas.

Los hombres no ven estas cosas como no tengan más de mujer que de hombre, y, en tal caso, importa poco lo que digan ó piensen.

En cuanto á mí, sostengo que los calurosos días de Abril habían robado el color á las mejillas de las señoritas Copleigh y debían enviarlas inmediatamente á las montañas, pues nadie, hombre ó mujer, es angelical cuando los grandes calores se aproximan. La más joven se volvió arisca, por no decir agria, y los encantos de la mayor disminuyeron, cosa algo más difícil.

El lugar donde estas escenas ocurrían, aunque no era pequeño, estaba separado de la línea férrea y llamaba poco la atención.

No había jardines, ni músicas, ni diversiones dignas de este nombre, y se necesitaba hacer un viaje de veinticuatro horas para ir á Lahore á bailar, por lo que las gentes se entusiasman mucho con estas cosas pequeñas, que les interesaban grandemente.

En los comienzos de Mayo, poco antes del

exodo final de las excursiones á las montañas, cuando el tiempo era muy caluroso y apenas si quedaban veinte personas en el lugar, Saumarez ideó una expedición á una antigua tumba situada á seis millas de distancia junto al lecho del río; expedición que debía hacerse á la luz de la luna.

Fué una partida á escote de las llamadas *Arca de Noé*, en las cuales cada pareja debe marchar con intervalos de media milla, á causa del polvo. Las parejas fueron seis, incluyendo los rodrigones.

Estas excursiones son convenientes al final de la estación y antes, por tanto, de que las jóvenes se marchen á las montañas, porque se prestan á varias inteligencias, y deben ser estimuladas por los rodrigones, sobre todo por aquellos cuyas señoritas casaderas están encantadoras con traje de amazona.

Esto lo ví una vez, pero no se relaciona con el presente cuento.

Aquella expedición se la llamaba la del gran sopetón, porque todo el mundo sabía que Saumarez se iba á declarar á la mayor de las Copleigh, y además de este asunto había otro que podía muy bien arreglarse felizmente.

La atmósfera social estaba muy cargada: era preciso despejarla.

A las diez nos reunimos en el lugar de la cita. La noche se presentaba horriblemente calurosa y los caballos sudaban, aun yendo al paso; pero todo era preferible á permanecer en nuestras sombrías casas.

Cuando partimos bajo los rayos de la luna llena, éramos cuatro parejas y un terceto, puesto que Saumarez marchaba con las dos hermanas Copleigh.

Yo caminaba perezosamente á la cola de la expedición, pensando con cuál de las dos volvería el hombre á su casa.

Todos éramos felices y estábamos contentos; pero presentíamos que algo iba á ocurrir.

Caminábamos lentamente y era ya cerca de media noche cuando aún no habíamos llegado á la antigua tumba, cubierta por una cisterna derruida y situada en los destrozados jardines donde íbamos á comer y beber.

Llegué el último, y antes de entrar en el jardín, ví que en el horizonte, hacia el Norte, corría, en forma de pluma, una nube oscura y sombría; pero como nadie me hubiera agradecido que estropeará fiesta tan bien prepara-

da y entretenida, y como una tempestad de polvo más ó menos no causa mucho daño, me callé.

Nos reunimos en la cisterna; alguien trajo un *banjo*, que es el instrumento más dulce, y tres ó cuatro cantaron.

No se rían ustedes: ¡nuestras diversiones en las localidades apartadas son, en verdad, muy pocas!

Después nos pusimos á charlar en grupos ó juntos, tendidos bajo los árboles, cubiertos los pies por los pétalos de las rosas que el sol había abrasado y esperando que la cena estuviera dispuesta. Fué una cena espléndida; tan fría, tan helada como podíamos desear, y estuvimos largo tiempo saboreándola.

Noté que el aire se volvía más y más caliente; pero nadie pareció fijarse en esto hasta que la luna se ocultó y un viento, tan abrasador que quemaba, comenzó á azotar los naranjos, produciendo un ruido semejante al del mar.

Antes de que supiéramos dónde estábamos, la tormenta de polvo cayó sobre nosotros, viéndonos envueltos por ruidos, torbellinos y tinieblas.

La mesa fué lanzada á la cisterna; y como temíamos permanecer junto á la derruida tumba por miedo á que el huracán la derribara, tomamos á tientas el camino de los naranjos, donde los caballos estaban trabados, para esperar que la tempestad pasara.

En aquel momento, la escasa luz que había se desvaneció hasta el punto de que no podíamos ver nuestras manos ni aun poniéndolas cerca de los ojos.

El aire estaba cargado de polvo, y la arena del lecho del río, llenaba nuestras botas y nuestros bolsillos, se nos entraba por el cuello; cubría nuestros ojos y nuestros bigotes. ¡Fué una de las más tremendas tempestades de polvo de aquel año!

Todos estábamos acurrucados en montón junto á los caballos, que temblaban. El trueno retumbaba sin cesar sobre nuestras cabezas, y el relámpago brotaba en todas direcciones del seno de las nubes como el agua de una esclusa.

No había, en rigor, peligro, si los caballos no se soltaban.

Yo estaba con la cara vuelta al viento, tapándome la boca con las manos, oyendo el